

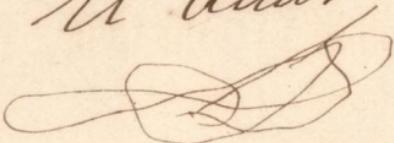
ANALOGIAS DE LA FÉ.

---

+

A su querido discípulo D. José Men-  
daro

El Autor



230 (04)  
M 85 e



# ANALOGIAS DE LA FÉ.

POR

**D. ESTÉBAN MORENO LABRADOR,**

PRESBITERO,

**DIGNIDAD DE CHANTRE**

POR

**NOMBRAMIENTO DE SU SANTIDAD**

DE

**ESTA SANTA IGLESIA CATEDRAL.**

DOCTOR DE SAGRADA TEOLOGIA EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE SEVILLA, Y CATEDRATICO DE DICHA FACULTAD Y DE FILOSOFIA EN EL SEMINARIO CONCILIAR DE ESTA CIUDAD.

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

\_\_\_\_\_  
TOMO I.  
\_\_\_\_\_

*(único publicado)*

**BIBLIOTECA**  
**Facultad de Teología**  
**Nº 165762**  
**Compañía de Jesús**  
**GRANADA**

CADIZ.

IMPRENTA DE LA REVISTA MÉDICA

A CARGO DE D. FEDERICO JOLY,  
CALLE DE LA BOMBA, NUMERO 1.

1866.

ANALOGIA DE LA FE

LIBRO DE LA BIBLIOTECA

---

ES PROPIEDAD.

---



LIBRERIA  
1875  
Compañía de los  
GRANADA

## A NUESTRO SMO. P. PIO IX,

*Vicario de Jesucristo en la tierra, Maestro infalible é inquebrantable defensor de la verdad dogmática, moral, social y política;*

*Cumpliendo el primero de los deberes católicos, y en testimonio de amor y gratitud, somete sus doctrinas y opiniones*

POSTRADO A L. S. P. DE S. B.

*El ínfimo entre sus hijos*

Estéban Moreno Labrador,  
PRESBITERO.





## MOTIVO DE HABERSE ESCRITO ESTE LIBRO.

---

Dedicado casi toda mi vida al estudio de las ciencias sagradas como discípulo ó como profesor, he podido recoger, segun me dicen, algunas ideas generalmente poco conocidas que facilitan la inteligencia de los dogmas católicos, ó manifiestan sus relaciones y analogías clarísimas con las verdades del órden natural.

Mis discípulos y otras personas mas autorizadas por su talento y saber han manifestado deseos de que redactase y ordenase de algun modo mis observaciones, para que publicadas, puedan acaso rectificar las ideas de los que sin haber estudiado las ciencias sagradas, ó estudiándolas superficialmente, encuentran dificultades á su parecer insuperables en la doctrina de la Iglesia. Ello es que tales dificultades nacen todas del falso concepto que se tiene de nuestros dogmas, ó de la ligereza con que se persuaden algunos de haber profundizado mas que los otros en las ciencias naturales y llegado á conocer que son inconciliables con la enseñanza católica.

Por esto me decidí á escribir este tratado de las ANALOGÍAS DE LA FÉ, en el que comparo unos dogmas con otros y todos con las verdades de razon ó de experiencia para hacer perceptible que lejos de contrariar la fé á la razon, hay entre ellas la analogía mas íntima y las armonías mas

inefables; y que lejos de exceder en certeza absoluta las ciencias naturales á la Teología, se puede decir al contrario que no habria certeza científica para el entendimiento humano si no se apoyase en Dios natural ó sobrenaturalmente, y que todos nuestros conocimientos filosóficos se quedan en la superficie de las cosas, sin poder nunca penetrar en su esencia íntima, ni ser tenidos por verdades necesarias ó absolutas, aun supuesta la existencia y formas *esenciales* de los seres.

Encontrábame en mi pais natal sin poder dedicarme á la lectura que me habia propuesto por falta de libros; y sin tener á mano otro mas que la Sta. Biblia me decidí á emplear el tiempo en escribir lo que deseaban mis discípulos, ateniéndome á los recuerdos de mi débil memoria. Por esto no van copiadas por extenso las sentencias de los SS. PP., ni puestas muchas citas de la Sta. Escritura, cuyas palabras intercalo en el texto, cuando son menos importantes ó generalmente conocidas. Es verdad que podia haber evacuado y anotado todas las citas cuando despues tuve á mano los libros y las concordancias de la Sta. Escritura, pero esto hubiera sido imposible sin formar otro manuscrito, y para ello me faltaba el tiempo, y la facilidad respecto de las palabras de los SS. Padres, que por mi flaca memoria casi nunca puedo determinar el libro, tratado ó capítulo donde las he leído. Demás de que refundiendo de nuevo con adición de las citas lo escrito primitivamente, hubiera perdido algo de la espontaneidad que tal vez tiene por haberse compuesto de memoria. Si alguna vez quizá cito como doctrina de algun Padre lo que él no ha dicho, atribúyase á mi escasa erudición, y creo que nunca lo citaré en sentido desfavorable.

Respecto de otras citas, si omito señalar el au-

tor de donde he tomado alguna idea, es por no recordarlo ó por ser ya aquella bastante conocida: que por lo demás claro es que yo no invento la verdad, ni debo lucirme con galas ajenas.

Si al contrario en el órden filosófico y talvez en el dogmático hubiese algo ó mucho digno de censura en lo que digo (aunque está aprobado por la Autoridad ordinaria eclesiástica) eso sí que es exclusivamente mio y me pertenece, y desde luego retracto quanto la Iglesia ó el R. Pontífice, maestro infalible de la verdad, tachare en todo lo que he escrito.

No habiendo sido mi ánimo escribir un tratado teológico completo, sino solo dar forma y órden á las explicaciones que por muchos años he hecho en la clase para fijar el verdadero concepto de los dogmas y prevenir á mis lectores contra preocupaciones y errores dogmáticos y filosóficos har- to frecuentes en nuestros dias; he querido seguir el órden de las palabras del símbolo, que me dan ocasion de decir lo que creo conveniente y en gran parte no muy conocido.

Las materias de que trato parece exigian el uso de la lengua latina. Pero entonces acaso no serian leidas estas ANALOGIAS DE LA FÉ por los que mas necesidad tienen de dejar las preocupaciones filosóficas contrarias á nuestros dogmas; y por otra parte yo no podria tener tanta confianza de expresarme con exactitud y claridad en puntos delicadissimos ni menos de ser entendido con la precision y facilidad conveniente. Sin embargo no traduzco de ordinario las palabras latinas, para hacer mas ligero el razonamiento, y porque la generalidad de los lectores supongo que ha de ser de los que saben latin. Los demás podrán deducir el sentido de ellas del contexto.

Acaso te choquen, lector amable, muchas de

las ideas que encontrarás en esta obrilla: á mí tambien me han parecido algunas muy extrañas en otros tiempos, y por eso puedes creer que si ahora las expongo así, no será por preocupacion antigua que tenga en favor de ellas, sino porque reflexionando mucho, me ha parecido encontrar motivos sólidos de abandonar las contrarias, que he creido comunes errores. Si á tí no te lo parecieren, compadécete de la escasez de mi razon, pero no dudes del deseo sincero con que quiero para tí y para mí la verdad. Y con esto *vale in Domino.*



# ANALOGÍAS DE LA FÉ.

---

## CREO

---

### CAPITULO I.

#### DE LA FÉ Y SU CERTEZA.

1.º Comienza el Símbolo por la palabra *creo*, y al pronunciarla los fieles, afirman que tienen certeza, y certeza completa y superior á la certeza natural, de las verdades de fé que despues siguen enunciando. Esta certeza se funda en la intuicion sobrenatural que Dios produce en el alma, no de las verdades reveladas en sí mismas, sino de que Dios las ha revelado. Dios no necesita de medios para hacerse presente á el alma, y sin necesidad de hacernos conocer los motivos de credibilidad, produce en nosotros la perfecta certeza de que Él dice lo que la fé enseña. Y certeza sobrenatural, porque no la hay natural, sin el conocimiento de los motivos de credibilidad en que se funde; ó sin discurso ó sin intuicion, relativamente á las otras dos clases que hay de certeza natural.

Aunque Dios produce la intuicion de que Él ha dicho aquello que la fé enseña, no produce la intuicion de la verdad en sí misma que siempre queda oscura, sin verse el enlace íntimo del sugeto y del predicado;

y por esto hay libertad y mérito en la fé, de los cuales careceria, habiendo intuicion directa de la verdad. Por esto S. Pablo define la fé, *conviccion, certeza completa* de lo que no aparece: *argumentum non apparentium*. Por esto en la Bienaventuranza en donde se nos dará la intuicion de Dios, y en Él de toda la verdad, se extinguirá la fé: *evacuabitur*; y se acabará tambien el mérito.

2. He dicho que la fé no se funda en el conocimiento de los motivos de credibilidad, porque si en ellos se fundase, su certeza sería natural, igual á la certeza de otras verdades que se conocen: y la enseñanza de la Iglesia, y aun la experiencia nos hace ver que la certeza de la fé es superior á las otras certezas. Todos tenemos certeza completa de que existe Roma, Jerusalem, Paris, Londres, &c., sin que los mas hayamos visto ninguna de estas ciudades; y sin embargo de que esta certeza sea completa, cuando á cualquiera de los fieles se le preguntase de qué está mas cierto; si de la existencia de París y Lóndres, ó de la existencia de Jesucristo en el Sacramento, contestaria sin titubear, que de esta última verdad de fé, aunque antes de ser preguntado no hubiese echado de ver la diferencia.

Puede hacerse la misma prueba comparando con las verdades de fé, las creencias ó suposiciones piadosas que no están definidas, y que en algunos casos son menos conformes con el texto sagrado; v. g. pregúntese á un católico si está tan cierto de que Nuestro Señor llevó la Cruz á cuestras *hasta* el Calvario, como de que murió crucificado por nosotros: y si se quisiese ampliar mas la prueba, podria preguntarse á un herege de buena fé, v. g. un luterano del bajo pueblo, ó un griego cismático que no se haya enterado de las diferencias que existen entre la Iglesia católica y su secta, si está tan cierto de la no existencia del purgatorio, como de la verdad del misterio de la Santísima Trinidad; y todos contestarán anteponiendo la verdad al error, ó á la suposicion que haya podido hacer la piedad indiscreta.

3. La certeza de la fé es superior á toda certeza: el alma lo siente así aunque no se haya dado cuenta refleja de ello, y lo percibe cuando se la hace reflexionar. Y por lo mismo que esta certeza es superior á la certeza natural, no se funda en el conocimiento de los motivos de credibilidad, porque de este conocimiento resultaria solo la certeza natural, la fé natural, la fé que tienen los herejes *formales* y aun los demonios; *dæmones credunt et contremiscunt*.

4. Si la fé se fundase en el conocimiento de los motivos de credibilidad, demás de que dejaria de ser sobrenatural, sería imposible para la generalidad de los hombres, porque los mas de ellos no tienen tiempo ni capacidad para examinar y apreciar rectamente dichos motivos, como se deja ver con poco que en ello se reflexione. Las mugeres, los niños, las personas poco instruidas ó de escaso talento, y mucho mas las que viven fuera del comercio humano en el estado salvage, son notoriamente incapaces de apreciar y convencerse de los motivos de credibilidad, y sin embargo son capaces de la fé, porque Dios ha querido que *todos* los hombres puedan salvarse por el conocimiento de la verdad revelada: *vult Deus omnes homines salvos fieri et ad agnitionem veritatis venire*; y para esto les ha proveido de otros medios mas fáciles de adquirir este conocimiento, cuales son, la predicacion externa y la gracia interior, con los cuales está la fé al alcance de todos los hombres.

Muchos en efecto de todos estados y condiciones y entre las razas mas abyectas de la especie humana, en los desiertos de la América y en las apartadas islas del Océano Pacífico abrazan la fé, bastándoles para ello la docilidad que Dios les infunde y la predicacion del Misionero: *fides ex auditu*. Y tienen fé divina y certeza completa, firme, íntima, penetrante, de las verdades sobrenaturales, tal cual y acaso mayor que la pueda tener el mas consumado teólogo, aunque este conozca mas los motivos de credibilidad, las nociones ín-

timas de los misterios y las relaciones que tienen entre sí. Porque esto ya pertenece á la fé elevada á la categoría de ciencia, y no á la fé como virtud divina, necesaria para la salvacion, pues en esta el teólogo se iguala á todos los fieles: *In omni gente qui timet Deum acceptus est illi.*

5.º No se diga que aun los simples fieles que creen por la predicacion, tienen conocimiento de los motivos de credibilidad, como si su falta de criterio la supliese la Iglesia ó el misionero que les predica; porque la Iglesia, y el misionero en su nombre, no necesitan exponer los motivos de credibilidad para hacerse oír; su modo de enseñar no es la discusion crítica, sino la enunciacion magistral y autoritativa; y en esto se diferencian de las falsas sectas que disputan, y disputando y discurrendo, quieren producir el convencimiento en sus oyentes: este era el modo que tenian de enseñar los escribas y fariseos, al que contrapuso nuestro Señor el suyo que dejó en herencia á su Iglesia: *erat docens sicut potestatem habens et non sicut scribæ eorum.* Abriendo su divina boca dijo: *beati pauperes spiritu.... Audistis quia dictum est diliges proximum tuum et odio habebis inimicum tuum, ego autem dico vobis &c.* Y hablando con esta autoridad, sin dar razon de su dicho, se hacia creer de los que le oian.

6.º Es verdad que los simples fieles pueden sentir algunas veces la divina autoridad de la Iglesia caracterizada en su unidad y en su milagrosa extension y conservacion en todos los siglos y paises; pero no necesitan notarlo para creer. Antes que reflexionen sobre ello ya tienen completa certeza de lo que creen, y muchos, aparte de su ignorancia de la historia y de su falta de criterio, están en absoluta imposibilidad de conocer y apreciar tales motivos, cuales son los habitantes de las apartadas islas de la Oceania, porque cabalmente la misma existencia material de la Iglesia es para ellos objeto de fé, que conocen, como las demás verdades, por el solo dicho del misionero, único hombre del mundo

civilizado que han tratado jamás, hombre por otra parte falible y que aun de mala fé pudiera engañarlos como lo hacen los pseudo-misioneros protestantes. Sin embargo, el Espíritu Santo suple todos estos defectos de crítica; les hace tener certeza completa de lo que el misionero, hombre falible, les enseña, y le dá tanta ó mayor firmeza en su asentimiento que á los hombres mas competentes é instruidos; porque la fé es obra de Dios, virtud divina, verdadero milagro, que estamos presenciando todos los dias y en todas partes sin que lo hayamos querido reparar, y milagro que solo se produce en la Iglesia católica.

7.º En los milagros, llamados generalmente así, se trastornan ó se vencen las leyes físicas del Universo; en la fé se vencen las leyes del mundo moral é intelectual. Segun estas leyes no hay certeza para nuestra alma sin motivo, y este puede ser el discurso, la intuicion la cual se refiere á las impresiones de los sentidos, ó mas exactamente á los hechos íntimos de la conciencia y la autoridad. Pero en la fé no hay necesidad de discurso, ó á lo menos no se funda en él la certeza especial con que el alma vé la verdad de lo que cree, ni esta verdad se funda en la evidencia de lo creído, ni en la evidencia natural de que Dios lo dice, porque no lo dice naturalmente, ó no se le oye hablar, como oímos las cosas que se hacen evidentes por el sentido, y sin embargo tenémos seguridad completa de que Dios las dice, y su gracia produce en el alma una especie de intuicion sobrenatural de que Dios nos habla, y la certeza consiguiente á esta intuicion; sobrenatural, como lo es la intuicion misma, y producida sobrenatural ó milagrosamente, vencíéndose para ello las leyes ordinarias de la Psicología. Dios, cuando dispuso que la verdad no penetrase en el alma sino por medio, ó con ocasion de las impresiones de nuestro organismo, no se privó asimismo del poder de obrar en ella inmediatamente, entrando con las puertas de los sentidos cerradas, como entró en el Cenáculo estándolo las puertas mate-

riales, y depositando en el fondo del alma la verdad inmediatamente por sí mismo, como pudiera depositar en el estómago el alimento corporal sin necesidad de masticacion ni deglucion, segun el ingenioso símil de que se vale Santa Teresa. No se diga que en las cosas de fé depende tambien la certeza de las impresiones de los sentidos, supuesto que está dicho *fides ex auditu*: pues de aquí resultaria solo la intuicion de que el catequista me está hablando; no de que Dios me habla por medio de él: ó el discurso de que no es probable que me engañe; no la omnímoda certeza que acompaña á la fé.

8.º Esta certeza tan completa es desconocida fuera de la Iglesia católica, y el ilustre Newman antes de su gloriosa conversion al catolicismo nos la echaba en cara, cual si la Iglesia, prohibiendo la duda, tiranizase nuestra conciencia y nuestro entendimiento. Efectivamente los hombres instruidos del Protestantismo, que presumen haber abrazado su secta respectiva ó permanecer en ella por conviccion, desconocen esta clase de certeza: solo pueden tenerla natural de las *verdades* que creen, fundándose en los motivos de credibilidad; pero estos no excluyen el exámen, el discurso y la duda, como lo experimentan los protestantes en sí mismos. Y como no tienen idea ni experiencia de la certeza divina de la fé, ó sea de la certeza católica, redarguyen á la Iglesia como si tiranizase nuestros entendimientos.

9.º Pero *non dominamur fidei vestre*; no tiranizamos vuestra fé, pueden contestar los doctores católicos, como S. Pablo á los fieles de Corinto: y apelamos al testimonio de todos los verdaderos creyentes. Estos no se creen tiranizados porque se les prohiba dudar, antes al contrario pensarian no tener fé si se permitiesen la duda, y harian una grave injuria al Espíritu Santo que está en ellos y les enseña la verdad. Contentos con la posesion de esta, y sumisos á la luz divina que se la esclarece, no extrañan que los hombres sabios segun el mundo vivan en las tinieblas y en la perplejidad. El hombre animal no percibe las cosas del espíritu, ni las

puede percibir porque le falta el sentido de lo sobrenatural y divino, así como el que carece de ojos no puede ver; le falta el sentido práctico de la certeza sobrenatural, que no puede adquirirse sino por la experiencia de la fé. Esta es un maná escondido que ninguno conoce sino el que lo recibe, y los demás, designados en el Evangelio con el nombre de mundo, están excluidos de poderlo gustar hasta que se sometan y crean. Por eso decía nuestro Señor que el mundo no puede recibir al Espíritu Santo, porque no tiene experiencia de él ni le conoce: *quia non novit eum, nec scit eum*; pero que los fieles le conocerían porque estaría en ellos, y con ellos permanecería.

10. Este fenómeno sobrenatural se obra solo en la Iglesia católica, lo mismo que el de la Esperanza y Caridad teológicas ó divinas, y por lo mismo ella sola lleva siempre consigo las credenciales de su origen y forma sobrenatural, que no puede presentar ninguna de las sectas que se llaman cristianas, porque si bien en algunos de sus miembros por la preocupacion de la falsa enseñanza puede conservarse la buena fé en medio del error, y la verdadera fé de los artículos que confiesan con nosotros, estos tales no son hereges *formales*: pertenecen á el alma de la Iglesia y no son sectarios en fuerza del principio del libre exámen, sino apesar de este principio; han recibido el error junto con la verdad por la *enseñanza*, y en el sentido espiritual son católicos. Si han recibido el verdadero bautismo, se les ha infundido en él desde la niñez el hábito de la fé, ó la inclinacion á creer, en virtud de la cual asienten á lo que despues se les propone; y aunque en su educacion se mezclan los errores con la verdad, y la fé en su sentido formal sea una é indivisible, esto no quita que la tengan verdadera de los artículos católicos que retienen, siendo estos materialmente vários y distintos; mas como al cabo la fé depende del oido, por eso no pueden tener la posesion completa de la verdad hasta que esta se les anuncie cuando la Providencia les depare ocasion de desenga-

ñarse de sus errores. Entretanto están creyendo la parte de verdad que conservan en fuerza del hábito de fé recibido en el bautismo, y movidos de la gracia de Dios; y aunque no sepan hacer diferencia entre la verdad y el error, y entre el motivo porque asienten á la una y al otro, en el fondo de su conciencia existe esta diferencia, que se hará conocer reflejamente, cuando llegue el tiempo del desengaño. Son comparables esta clase de herejes con los católicos mal instruidos á quienes se sugieren por preocupacion ó ignorancia errores contra la fé, y que sin embargo tienen fé verdadera de los artículos que se les han enseñado bien, y están habitualmente dispuestos á deferir á todo lo que con la autoridad de Dios les proponga la Iglesia.

11. Esta propuesta no es el motivo formal de la fé, sino por una parte condicion para que el hábito de fé recibido en el bautismo pueda desarrollarse, y por otra la prenda que nos ha dado Dios de que no es ciego y fanático el asentimiento que damos á las verdades que en su nombre se nos proponen. El alma humana propende por asimilarse todo lo que recibe dentro de sí misma, por naturalizarlo ó ponerlo en armonía con todas sus facultades y nociones, y por esto trata de convertir la fé en teología y en ciencia; de conocer los fundamentos, las nociones íntimas, y las relaciones de las verdades que cree, entre sí mismas y con las verdades naturales. De aquí el que inquiere cuál es el fundamento de sus creencias, y por dónde le consta que Dios haya revelado lo que como revelado por él ha estado creyendo siempre, y sigue creyendo con entera certeza.

Mientras no se desarrolla la razon ó vive el hombre fuera del comercio de la humanidad culta y civilizada, no le ocurren esa clase de reflexiones, y está cierto de que Dios ha revelado lo que le enseñan sus padres y maestros ó le propone el misionero, porque así se lo hace sentir el Espíritu Santo, excluyendo la luz divina toda duda y anticipándose á toda reflexion. Mas cuando el hombre comienza á ser capaz de reflexionar, al mis-

mo tiempo que siente dentro de sí mismo la luz de Dios, siente alrededor de sí la existencia y autoridad divina de la Iglesia, en medio de la cual vive como en una atmósfera de verdad que le inunda de todas partes. No siempre los católicos se darán cuenta de ello; pero todos sienten, á lo menos en el órden directo, que no es posible sea una mera institucion humana la sociedad religiosa en que viven, una misma en todas partes, sin ninguna fuerza exterior que conserve esta unidad; permanente é incólume á pesar de las oposiciones de todas clases y en todos los siglos, y difundida en todo el mundo con tanta rapidez. Y así cuando les ocurre reflexionar por dónde les consta que Dios haya revelado lo que como revelado por Dios tienen en su alma, se responden á sí mismos que la Iglesia en que viven, y cuya divina institucion y autoridad sienten, les certifica de ello; y la Iglesia en la persona de sus primeros individuos, los Apóstoles y los otros discípulos de nuestro Señor, oyó la revelacion, y no ha dejado de existir ni de trasmitirla desde entonces.

Mas al fin este no es el motivo formal de la fé, cuya certeza infalible se funda en la divina revelacion y veracidad: es solo el primer paso que dá la razon, auxiliada de la gracia de Dios para convertir la fé en conocimiento científico, en teología. Y digo auxiliada de la gracia, porque Dios que nos revela la verdad y nos inclina á creerla, nos excita tambien á deferir á la autoridad de la Iglesia, cuya divinidad nos hace sentir y conocer. El hijo tiene propension natural de obedecer á su padre y creer lo que este le enseña aun antes de llegar al uso de la razon. Cuando esta se exclarece, no le ocurre la duda de si tal vez su padre le está engañando, ó si llamándose y haciéndose llamar padre, no lo es suyo realmente; sino al contrario todo lo que vé y observa le confirma en la legitimidad de su obediencia y de la personalidad de su padre. Así sucede á los católicos respecto de la autoridad y enseñanza de la Iglesia.

12. Ninguna de estas consideraciones tiene cabida respecto de los herejes, que cuando comiencen á ser capaces de reflexionar, echarán de ver la inconstancia y division de sus sectas, su *modernia* ó reciente establecimiento, á lo menos en comparacion con la Iglesia católica y con otras sectas, y el motivo meramente humano que dió ocasion á que se segregasen de la Iglesia tronco; y así no podrán responderse á sí mismos nada concluyente cuando reflexionen por donde les consta que haya Dios revelado lo que creen; y caerán en la duda y en el escepticismo, ó se volverán á la autoridad y al gremio de la Iglesia católica. Tal es la historia de todos los herejes, hombres de talento y de reflexion; por eso el ilustre Newman mientras permaneció protestante examinaba dudando y extrañaba que la Iglesia católica prohibiese la duda, y al cabo por dicha suya se hizo católico para creer con firmeza. Así pues, la fé de los herejes formalmente tales no es fé ó asentimiento firme, sino mera opinion ó duda, ó cuando mucho asentimiento y certeza natural fundada en las reglas de crítica.

13. De aquí la expresion tan general entre los católicos y tan expresiva, aunque tan ridículamente ridiculizada por los protestantes, *creo porque creo*, ó—disimúlesenos lo bajo de la frase,—*creo en Dios á puño cerrado*. Con ella quieren decir: "yo podré no saber responder á las objeciones que se me hagan contra mi fé, podré no saber explicar lo que pasa por mí mismo, pero estoy cierto de que no me engaño creyendo; tengo certeza completa de ello: Dios me lo hace sentir de una manera indudable, y con esto *cierro* las potencias de mi alma á toda duda, y quedo completamente tranquilo y contento en este estado." Es de advertir que así se expresan los que ya comienzan á reflexionar algo sobre su fé, y por consiguiente que tanto en el órden directo como en el reflejo el católico tiene siempre perfecta certeza y está asistido de la gracia de Dios que siente en sí mismo, y por esto su fé siempre es *sobrenatural*.

## EN

14. Harto nos hemos detenido en la palabra *creo*, y tiempo es ya de que pasemos adelante. El símbolo sigue diciendo, *en Dios*. No quiero omitir la conocida reflexion de que no es lo mismo creer *en Dios* que creer *á Dios*, ó creer que Dios existe: esto último es lo menos perfecto; pudiera alguno creer la existencia de Dios y no tenerle por infinitamente veraz, por lo que es acto mas perfecto creer *á Dios*, ó creer *todo* lo que Dios dice; pero todavía expresa mas la frase del símbolo, *creo en Dios*. Es de notar que solo se usa respecto de las tres divinas personas, porque no dice *creo en la Iglesia católica*, en la comunión de los santos &c.; sino *creo la Iglesia católica*, la comunión de los santos. Con la preposicion *en* se indica la completa y omnímoda sumisión del entendimiento á Dios y á cada una de las tres Divinas Personas, como fuentes de la verdad, como origen y último fin de todo. El que cree en Dios protesta que no se pertenece á sí mismo, que no existe para sí mismo, y que somete su entendimiento, su voluntad, su vida y todo su ser á Dios, de quien todo lo ha recibido. La fé es *humildad* en cuanto presupone que el hombre no posee toda la verdad, y que esta le ha de venir de fuera, como favor que Dios le hace: es *obediencia* porque cuando Dios nos revela, no nos deja el derecho de asentir ó rechazar la verdad revelada, y nosotros la creemos *obediendo*: y es *sacrificio*, porque creyendo *en Dios*, protestamos deber y querer estarle completamente sometidos. La fé es el principio de la caridad, y en el mismo modo católico de enunciarse y expresarse, se indica que no basta ella sola para llenar el fin de nuestra creacion.

15. Los herejes creen que Dios existe, pero no creen *á Dios* supuesto que le desmienten respecto de

algunas de las verdades que ha revelado; y mucho menos creen en Dios, porque lejos de someterle completamente su entendimiento, quieren á este hacerlo juez de la divina revelacion, erigiendo teóricamente como los protestantes, ó prácticamente, como los demás herejes, el espíritu privado en juez y regla suprema de la fé, sometiendo la divina revelacion á la razon y no la razon á la revelacion; convirtiendo en natural la misma fé de las verdades sobrenaturales que segun su discurso ó su capricho les place conservar. Por eso los apostrofa Santiago en su canónica diciéndoles con evidente ironía: *tú crees que hay un solo Dios: haces bien, tambien los demonios creen y se estremecen de espanto*. Es de notar que no dice el apóstol tú crees en un solo Dios, sino crees que Dios es uno, *credis quoniam unus est Deus*; por consiguiente habla, no de la fé divina, sino de la natural que tienen tambien los demonios.

16. Los demonios creen y se estremecen de espanto, porque es terrible para ellos la verdad que creen, y así no se complacen de ella, ni se someten con gusto á Dios que la personifica, sino que braman de ira: no creen en Dios, aunque creen á Dios, y que Dios existe: *credunt et contremiscunt*; y tal llegará á ser tambien la fé de los herejes. Y digo llegará á ser, porque en la vida presente procuran acallar los gritos de su conciencia para conservar artificialmente cierta tranquilidad; pero llegará dia en que vean clara su rebeldía indisculpable contra Dios, y entonces creerán y se estremecerán. La verán claramente, porque el pecado de infidelidad ó herejía en los que han oido la verdad, y despues de compararla con el error la han pospuesto á este, no tiene disculpa. Dios que nos revela la verdad, nos dá tambien la gracia de asentir y corresponder á ella, y el que hace lo que está de su parte para conocerla y no resiste la luz culpablemente, cree y se convierte. Por esto decia Ntro. Señor: "Si no hubiese venido y les hubiese hablado no tendrían pecado (*en no creer*); pero ahora no tienen excusa en su pecado.

Cuando venga el Espíritu Santo convencerá al mundo de pecado, porque no quisieron los hombres creer en mí.”

## DIOS

---

17. Sigue en el símbolo la palabra que lo abraza todo y que nadie puede explicar dignamente. Pero antes de decir algo sobre ella, conviene dilucidar una cuestión prévia que es fácil se presente á la imaginación. Decimos que *creemos en Dios*, y cabalmente para creer es necesario presuponer su existencia: creemos lo que Dios ha revelado, y por consiguiente la fé presupone la existencia de Dios y de la revelación. Por otra parte la existencia de Dios se demuestra científicamente, y suele decirse que de una misma verdad no puede haber fé y demostración, ciencia evidente y conocimiento oscuro. Mas supuesto que la Iglesia expresa en el Símbolo la fé en Dios, y por otra parte enseña que son concluyentes las pruebas científicas de su existencia, ya tiene resueltas con su autoridad las indicadas cuestiones.

18. Sin duda que la fé en las verdades reveladas presupone la existencia de Dios que las reveló; pero no es este el sentido en que *creemos* la existencia de Dios; es decir, no creemos que Dios existe porque Él ha revelado muchas cosas á los hombres, y esta revelación se contiene en tales y tales libros, y en tal ó tal lugar de ellos se dice: *Deus est*. Este procedimiento sería una manifiesta petición de principio, porque es claro que si Dios no existiese nada habría podido revelar. Mas el procedimiento es de esta otra manera: Así como la existencia y el orden de la naturaleza ó del mundo prueban la existencia de un autor de este orden natural, la existencia de la revelación, de la Escritura, de la Iglesia y del influjo sobrenatural de la gracia que siento por experiencia en mi alma; todas estas cosas

constituyen un orden ó un *mundo sobrenatural*, que supone un *autor sobrenatural*. No puedo dudar de que exista este Ser que siento en todas estas cosas y en mí mismo, como autor de fenómenos que no están en el orden de la naturaleza, así como siento que Él ha revelado las demás verdades que en su nombre se me proponen. No hay pues petición de principio en la fé de la existencia de Dios, sino un doble procedimiento del alma, por cuyo medio partiendo de hechos distintos vá á parar á Dios como autor de la naturaleza y como autor de la gracia.

Y con esto queda preocupada la otra cuestion ó duda de si puede haber ciencia y fé respecto de una misma verdad: indudablemente puede haberlas, como puede haber distintas demostraciones de una misma proposicion, y aquí lo que sucede es que hay una doble certeza y de distinto orden, producida en el alma por dos modos de prueba, uno natural y otro sobrenatural. Si de la existencia de Dios tuviésemos no solo prueba ó demostracion, sino vision intuitiva, como tienen los bienaventurados, entonces no podriamos tener fé; y por esto dice S. Pablo que la fé ó el conocimiento de Dios parcial y oscuro se evacuará en la bienaventuranza: *evacuabitur quod ex parte est*; pero como solo tenemos demostracion de su existencia que no quita la oscuridad sobre el ser, la naturaleza y atributos de Dios, por esto puede haber ciencia y fé acerca de ella.

19. Pudiera presentarse como objecion contra este razonamiento, que hay una verdad natural de la que al parecer tenemos intuicion y fé, cual es la de nuestra libertad moral, de la cual tenemos conciencia intuitiva y es dogma de nuestra fé. En todo caso esta sería objecion contra la exclusion de la fé por la evidencia, no contra la posibilidad simultánea de la ciencia y de la fé acerca de una misma verdad, que antes quedaria mas demostrada si aun son compossibles la intuicion y la fé. Respecto de esto último, siendo por una parte doctrina católica que la fé será excluida por la vision

intuitiva en la Gloria, y por otra estando definido como dogma de fé en el Concilio de Trento que por el pecado no se perdió la libertad humana, de la cual sin embargo tenemos intuicion, podria decirse que el santo Concilio no define directamente la libertad, sino que condena un error opuesto hasta á la evidencia intuitiva y que es incompatible con otras verdades de fé; porque tal es el progreso de la herejía que llega hasta negar las verdades intuitivas, como se vé en este caso, y como, elevándolo á teoría general, ha pretendido Kant en su Crítica de la Razon Pura, negando todo valor real absoluto á los primeros principios de la razon. Pero de esto volveremos á hablar despues, cuando tratemos de las relaciones de la verdad y de la certeza con la existencia de Dios, y aquí solo anticiparemos como respuesta de la presente objecion, que no hay ciencia, ni evidencia, ni *intuicion científica* posible, sin contar con la existencia y los atributos morales de Dios; y que condenando la Iglesia estos tan degradantes errores de que han sido capaces los que se olvidan de Dios y de la revelacion, precave á sus hijos de iguales extravíos, enseñando que no se llega á ellos sin incurrir en gravísima culpa. Pero tiempo es ya de comenzar á hablar directamente de Dios.

## CAPITULO II.

### DE LA EXISTENCIA DE DIOS.

20. Cuando el Símbolo nos manda creer en *Dios*, designa con esta palabra al Ser supremo, Criador del Universo, infinitamente perfecto, eterno, principio y fin de todas las cosas. Estos son los atributos de Dios que mas inmediata y fácilmente deducimos de la consideracion de las criaturas: á la fé de ellos nos exhortan continuamente las Santas Escrituras, y esta fé exige principalmente de nosotros la Iglesia cuando nos man-

da creer en Dios. Sin embargo, si hubiéramos de proceder aquí sintéticamente, y despues de considerado todo lo que la razon nos dice y la fé nos enseña acerca de la naturaleza y atributos divinos, podriamos decir que Dios es el Ser ó el Espíritu infinito que se conoce y se ama á sí mismo eterna y necesariamente. Dios es la Santísima Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. A esta definicion de Dios, ó mejor dicho, á esta declaracion de la palabra con que le designamos, nos lleva el mismo órden de pruebas con que se demuestra su existencia. La materia que aquí tratamos es vastísima, profunda é importante cual ninguna otra, y por eso ahora mas que nunca necesito que Dios dirija mi pensamiento y mi pluma.

21. Son harto conocidas las brillantes demostraciones de la existencia de Dios formuladas por todos los grandes talentos del Cristianismo, pero acaso no lo sea tanto la relacion de estas demostraciones y pruebas con el misterio de la Santísima Trinidad. Esta relacion es la que me propongo hacer ver principalmente.

Siendo Dios el Ser infinito que se conoce y se ama á sí mismo eterna y necesariamente, siendo el Ser y la Vida infinita, la Sabiduría infinita y la Santidad infinita, de los argumentos que demuestran su existencia, unos nos le hacen conocer como Ser y Vida, otros como Sabiduría, y otros como Santidad infinita; nos le hacen conocer como Padre, Hijo y Espíritu Santo, supuesto que Dios conociéndose eternamente produce al Verbo que es la Verdad infinita, y amándose produce al Espíritu Santo que es la Santidad infinita. Examinemos las pruebas.

Se ha dicho en las escuelas: existe algo; existo al menos yo mismo que pienso y escribo; luego existió siempre y necesariamente algo. Siempre; porque si suponemos un momento en que nada absolutamente hubiese, siempre habria habido nada, ó jamás habria habido cosa alguna, y sin embargo, hay algo. Necesariamente; porque eso que ha existido *siempre*, no puede

ser contingente. Lo contingente puede no ser; pasa del no ser al ser; mas si suponemos que ha existido *siempre*, no ha pasado del no ser al ser; no ha podido no ser. Ha llenado todos los tiempos *siendo*, y por consiguiente en ningun tiempo ha podido no ser. La creacion eterna es un contra sentido, porque creacion es el tránsito del no ser al ser, y este tránsito envuelve el tiempo. Hay, pues, un ser que ha existido siempre y necesariamente: hay ó existe Dios, ser necesario, eterno é infinito. Hé aquí la relacion de la primera prueba que suele darse de la existencia de Dios con la nocion fundamental que esta palabra, Dios, ofrece á nuestro entendimiento; el Ser necesario, eterno é infinito.

He dicho que lo contingente pasa del no ser al ser, porque demás de que así lo acredita la experiencia en todos los casos sujetos á nuestra observacion, segun su nocion propia no tiene en sí mismo la razon de su existencia; es indiferente al ser y al no ser, y por consiguiente no se determina por su esencia á la existencia, sino que en esta determinacion depende de otro; es criado, ó lo que es lo mismo, pasa del no ser al ser. Por otra parte si fuese eternamente, no se le podria concebir como indiferente al ser y al no ser; no habria lugar ó cabida para esa indiferencia, como que *siempre* habia estado determinado por la existencia con exclusion del no ser, y por consiguiente, contra el supuesto, no sería contingente, que tanto vale como indiferente para la existencia ó la no existencia. Existe, pues, un ser necesario que determina la existencia de todos los contingentes, ó los cria de la nada.

22. Ni se diga que un ser contingente es determinado por otro contingente, y este por otro formando una cadena ó serie infinita, procediendo desde nosotros hácia atrás; porque matemáticamente se demuestra la imposibilidad de toda série real infinita, sea sucesiva ó simultánea. Por otra parte esa supuesta serie infinita es absurda, porque sería infinita y finita á un mismo tiempo: infinita, porque se supone; finita, porque en cada

momento ó en cada nuevo término de la serie se le añade algo, y lo infinito no es susceptible de adición. Demás de absurda, sería insuficiente para explicar la existencia de cada uno de sus términos, en toda su infinita longitud; porque cada término de ella estaría precedido de otros en número infinito y para que le tocara la vez ó el turno de la existencia, debiera antes haberse agotado un número infinito, y debería también haberse pasado un tiempo infinito, y ni un número infinito se agota, ni una duración infinita pasa. Cada uno de los seres, por consiguiente, habría de estar esperando su turno para la existencia por toda la eternidad; es decir, no existiría jamás. Tan pobre y ridículo es todo lo que el hombre inventa para sustituir la verdad de las cosas; para sustituir á Dios. Además, por el supuesto, todos y cada uno de los seres de la cadena habrían tenido principio: luego suponer que la cadena ó la serie entera no lo tiene, es suponer la contradicción y el absurdo.

23. He dicho que existe un ser necesario, eterno é *infinito*, y aunque es bien obvia la relación entre lo necesario y lo infinito, porque no parezca que hemos añadido esta noción de balde y sin fundamento en nuestro razonamiento anterior, diré aquí que el ser necesario no puede tener límites, porque ni él se limita á sí mismo, supuesto que no existe por su libre voluntad, sino por la necesidad de su esencia; ni puede limitarlo otro alguno, pues que entonces no sería él necesario, sino este otro que le limitase. Además si no fuese infinito, podría ser más ó menos de lo que es; y entonces no sería necesario. Por otra parte el ser necesario es la causa y la razón de todos los contingentes reales y *posibles*, y como estos son infinitos, también lo ha de ser su causa y su razón.

Para completar este argumento de la infinidad de Dios, y mostrar su relación con el misterio de la Santísima Trinidad, anticiparé aquí nociones que se han de deducir de otros argumentos no presentados todavía. La verdad es infinita, ó de otro modo, hay infini-

tas verdades parciales, conocidas ó conocibles por las inteligencias finitas; luego hay una verdad infinita, razon última donde subsisten todas estas verdades finitas; luego el Verbo de Dios ó su Verdad es infinita. Hay infinitos órdenes y modos de santidad finita ó practicable por los seres finitos, reales ó posibles; luego hay una santidad infinita, regla y tipo de toda santidad finita; luego existe el Espíritu Santo que es esta Santidad de Dios infinita; luego hay un Ser infinito, una Verdad infinita y una Santidad infinita; luego el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son infinitos.

24. Séanos lícito volver la vista atrás, y reparar en las mismas expresiones con que hemos demostrado la existencia de Dios, reflexionando sobre la hipótesis de su no existencia. Si suponemos, decia yo, un momento en que hubiese absolutamente nada, habria habido siempre nada, ó jamás habria habido cosa alguna, ó como diriamos en la locucion vulgar, jamás habria habido nada. Qué lenguaje! Y es el caso que con corta diferencia, para darnos á entender es preciso expresarnos de esta manera. Y sin embargo hay casi tantos desatinos y absurdos como palabras. Primer absurdo: suponer un momento, un tiempo que existiese absolutamente, sin la existencia de ninguna cosa; y cabalmente el tiempo es la relacion entre el ser y no ser de las cosas, percibida por nosotros: por consiguiente es una idea esencialmente relativa á nosotros y á las cosas cuyo ser y no ser percibimos. Segundo absurdo: haber nada. La nada no la hay, no es; *nullius entis nulla sunt proprietates*, y de la nada nada puede decirse. Absurdo tercero: *habria habido siempre nada*: es decir, no solo afirmar algo de la nada, lo cual sería ya enteramente absurdo, sino por colmo de *absurdidad* atribuir á la nada la eternidad que es propia de solo Dios: habria habido *siempre* nada. Cuarto absurdo: jamás habria habido cosa alguna, es decir, predicar la existencia de los seres finitos (cosa alguna) realizada sin tiempo ó en la negacion del tiempo: *jamás habria habido....*

*cosa alguna*. Quinto absurdo: queriendo expresar la absoluta negacion, como esta es absurda, viénese la verdad á la boca y se expresa la absoluta afirmacion. Esto sucede en la frase vulgar, *jamás habria habido nada*; es decir, siempre habria habido algo; siempre habria habido Dios. Sesto absurdo: enunciar un mismo concepto con dos proposiciones contrarias: siempre habria habido nada; jamás habria habido nada; ¡tal es la fuerza de esta verdad! que cuando se la quiere negar se viene á los labios. Tal es la existencia de Dios, que cuando mas nos empeñamos en negarla, aunque sea hipotéticamente, la afirmamos á pesar nuestro, y lo mismo sucede á los ateos que la niegan en tésis. Tal es la profunda sabiduría del lenguaje vulgar en las mismas expresiones que filológicamente tildamos de inexactas. Y esta observacion es fácil corroborarla con el exámen de otras muchas expresiones parecidas: no sé nada, no digo nada, no he visto á nadie; porque sé algo, y digo algo, cuando respondo que no digo nada, y he visto á alguien muchas veces, aunque no haya visto *entonces* á aquel por quien me preguntan. Por otra parte, la nada no se sabe, ni se dice, ni se vé, y así hablo muy bien convirtiendo en positivas las locuciones con que quiero expresar la negacion, supuesto que esta no puede ser absoluta en ningun orden. Pero tiempo es ya de volver á los argumentos de la existencia de Dios y á sus analogías.

25. Tras el argumento de la naturaleza del ser contingente y necesario, llamado por antonomasia ontológico, viene el llamado físico, ó físico-teológico, basado en el orden, armonía y belleza del universo. Existe el orden, se dice, y la armonía y la belleza en el mundo: este es un hecho indudable, reconocido por todos; luego hay un Ordenador y este infinitamente superior al mundo que ha ordenado; porque el orden no es la nada, ni lo ha producido la casualidad, ni se lo han dado las cosas á sí mismas, supuesto que ni existen por sí mismas, ni las que componen el mundo ma-

terial son capaces de eleccion; luego existe Dios, soberano ordenador del Universo. Ahora bien, el órden es efecto de la sabiduría que ha conocido las cosas, se ha propuesto un fin en su creacion, y ha conocido los medios de realizarlo; luego existe en Dios la infinita sabiduría para ordenar el universo; luego Dios es Verbo ó Sabiduría infinita, á cuyo influjo se debe el órden del Universo.

Porque está ordenado subsiste sin alteracion, y entraña notable firmeza; y por lo mismo se dice en los Salmos que por el Verbo ó Sabiduría de Dios tienen firmeza los cielos; y de esta misma Sabiduría dicen los Proverbios que estaba con Dios ordenando y componiendo con Él todas las cosas, cuando preparaba los cielos, cuando daba movimiento y leyes á la materia que formaba el caos primitivo, cuando colocaba en órden los astros, cuando hacia brotar con peso y medida las aguas, cuando ponia leyes y límites á los mares, y pesaba los cimientos ó el núcleo de la tierra.

26. Teniendo en cuenta estos grandiosos hechos y refiriéndose *empíricamente*, como ahora se diria, á tales y tales muestras de sabiduría y órden que relucen en el universo, puede sostenerse la denominacion de *físico* con que se designa en las escuelas este argumento; pero como tales hechos por grandiosos que sean, al cabo son contingentes y finitos, y la argumentacion no se funda en *tal* órden que se observe en el universo, sino en el órden en general que por la intuicion del que se observa en el mundo, concebimos abstractamente y sin determinacion alguna empírica, es claro que este argumento se puede y se debe llamar ontológico ó metafísico como el anterior, porque tambien aquel partia, no de los seres abstractos, sino de los seres reales del universo, aunque considerados bajo la razon general ó abstracta de ser, así como aquí partiendo de la armonía y el órden real nos elevamos tambien á la razon ó concepto general de órden, y por consiguiente procedemos metafísicamente porque el órden en abstracto

no lo hay en ninguna parte. Sirva esta advertencia para los argumentos ó pruebas que á continuacion vamos á exponer.

27. Hay movimiento; el mundo no es un cadáver, no es una coleccion de seres sin accion, ni menos un monton de ruinas; la inercia no es la ley que regula la existencia de los seres, sino que el movimiento, la vida, la accion, se sienten en todas partes. Ahora bien, este movimiento, esta vida no es la propiedad absoluta ó esencial de los seres; no se la dan ellos á sí mismos, sino que la reciben de otro; porque bien podemos concebir que cada ser continuaria existiendo, aunque perdiese la actividad que ejerce sobre los otros seres; luego hay un primer motor que les comunica este movimiento y esta actividad. Luego existe Dios como fuerza, virtud y accion infinita, de quien depende el movimiento y la vida del universo; luego existe el Espíritu Santo que por esto se llama en las Escrituras Virtud de Dios, *Virtus Altissimi*, y dador de la vida, *Vivificantem, vel qui vivificat*: y de Él se dice en el Salmo 32: *Spiritu oris ejus omnis virtus eorum*; ó sea que del Espíritu que procede de la boca de Dios depende toda la virtud y fuerza de los cielos, y tambien que si Dios sustrajese de las criaturas el espíritu que Él les comunica, desfallecerian y moririan: *Auferes spiritum eorum, et deficiant, et in pulverem suum revertentur*. Ps. 103.

Tenemos, pues, que de los tres argumentos metafísicos mas usados en las escuelas para probar la existencia de Dios, uno nos lleva á Dios Padre, Ser necesario é infinito; otro al Hijo, Sabiduría infinita de Dios, y otro al Espíritu Santo, Virtud y poder de Dios infinito.

28. Es de notar que en Dios el poder y la santidad son una misma cosa, porque Dios no puede hacer nada que no sea recto y bueno y con recto y santo fin: por eso la tercera Persona se llama á la vez Virtud de Dios y Santidad de Dios; y Dios se llama Santo en su voluntad y por su voluntad; Espíritu, accion, impulso,

poder, querer santo. Y la palabra *virtud* significa á la par en muchas lenguas poder y santidad, porque Dios no puede hacer sino bien, y el poder de hacer mal no es verdadero poder. En el orden criado es separable la ontología de la psicología y de la moralidad, ó lo que es lo mismo, el ser de la inteligencia y de la santidad y perfeccion moral; pero en el orden divino es inseparable lo uno de lo otro, el orden ontológico del orden espiritual y moral; y por eso Dios es ser infinito y vida infinita; orden y belleza infinita y sabiduría infinita; poder infinito y santidad infinita.

29. Esta consideracion me pone en el caso de formular otra terna de argumentos ó pruebas de la existencia de Dios, deducidas del orden psicológico ó espiritual, así como las tres precedentes se dedujeron del orden ontológico, y unas y otras relativas al misterio de la Santísima Trinidad. Allí deciamos: hay seres contingentes, hay orden y armonías, hay accion y movimiento; y aquí decimos: hay vida, hay inteligencia y sabiduría, hay voluntad moral y santidad; luego hay Dios ó existe Dios, vida infinita, inteligencia y sabiduría infinita, voluntad y santidad infinita. La vida para los seres inteligentes es la posesion de la existencia: no solo existen, sino además conocen que existen, poseen su existencia, gozan de ella, viven; y de aquí la gradacion de las ideas y del argumento; gradacion que se observa en la misma estructura de las respectivas raíces hebreas, porque *haiá* significa ser, y *jaiá* significa vivir. Formularemos ahora mas detalladamente estos argumentos.

Hay seres vivientes, por lo menos vivo yo que estoy pensando y escribiendo esto; luego hay un viviente eterno que ha dado la vida á todos los seres que viven, porque de la muerte no sale la vida, y si fingimos un momento en que no hubiese absolutamente ningun ser vivo, jamás habria habido seres vivientes. Por eso dice la Escritura de Dios criador, Eccli. 18, *Qui vivit in æternum creavit omnia simul*; y del hombre que posee

la vida dice el Sagrado Texto que lo crió á su imagen y semejanza.

Hay verdad y esta existe independientemente del hombre, necesaria y eternamente. Es eternamente verdad que  $2 + 2 = 4$ , y lo sería aunque ningun hombre pensase en esto: es eternamente verdad que la causa es antes que el efecto; que el todo es mayor que su parte. Podrá no haber  $2 + 2$ , podrá no haber causas ni efectos, podrá no haber todos ni partes; pero á pesar de eso el alma siente por intuicion clarísima ser eterna verdad que como haya  $2 + 2$  han de formar 4; que como haya causas han de ser antes que el efecto; y que como haya seres compuestos, ó todos y partes, el todo ha de ser mayor que la parte. Ahora bien lo que *es* verdad, es; porque no se puede *ser* algo sin ser ó existir; y supuesto que la verdad *es*, existe en la mente de algun ser superior y distinto de aquellos en quienes se realizará en su caso, que no son ó podrán no ser. Pero lo que es verdad y del modo que lo es, no puede dejar de serlo. Luego existe un ser que contiene en sí mismo el por qué ó la razon eterna de estas verdades que están *siéndolo* siempre, aunque no lleguen á existir los seres contingentes en quienes se realizaran. Luego existe Dios en cuya mente ó Verbo existen todas estas verdades, ó la razon eterna de ellas. Por eso decia San Agustin con su habitual sutileza y profundidad: *Veritas est quod veré est.*

30. Y aquí se viene á la mano una cuestion de gramática general y de ontologia sobre lo que se llama doble significacion del verbo ser. El hombre es ó existe; esta es la significacion sustantiva: es animal racional; esta es la significacion copulativa, porque no se intenta afirmar con ella la existencia del hombre, sino que entra en la nocion de su esencia el concepto de animal racional. Pero bien mirado este punto, se echa de ver que el hombre no es animal racional, ni nada, si no existe; porque la nada no tiene propiedades. La proposicion pues quiere decir que si existe el hombre, ó cuan-

do exista, ha de ser animal racional, y si nó, no es hombre. De manera que en las dos proposiciones que nos sirven de ejemplo, el significado es realmente sustantivo; solo que en la primera se afirma la existencia directa y expresamente, el hombre es; y en la segunda hipotéticamente, el hombre es ó será racional cuando exista.

Esta consideracion que acabo de exponer, la eleva á tésis el ilustre y malogrado Balmes, diciendo que toda ciencia ó todas las verdades finitas relativas á los seres contingentes, están fundadas en el postulado de la existencia. Antes de existir tales seres, no puede decirse que existan esas verdades, segun la significacion formal de los términos con que se expresan, sino solo en el fundamento, el porqué ó la razon eterna de ellas que existe en el Verbo, ó que es el mismo Verbo de Dios. Sí; porque esas verdades son distintas entre sí, é infinitas en número, y en el Verbo que es absolutamente simple, no hay cosas distintas ni conceptos distintos, sino la intuicion simple del Ser infinito, imitable de infinitas maneras por los seres finitos que pueden existir. Se suele decir que hablando de Dios se confunden las dos significaciones del verbo ser, y en las criaturas se distinguen; y ahora hemos encontrado que tambien se confunden en las criaturas, con la sola diferencia de que de Dios se predica la existencia expresa y absolutamente, y de las criaturas implícita y condicionalmente; pero de todos modos no hay verdad si no hay existencia, ó la verdad es la existencia: *Veritas est quod veré est*. Por esto el lenguaje comun ha escojido el infinitivo del verbo *ser* para expresar la sustancia realizable, el *ser*; como dando á entender que las sustancias son las que existen; y el nombre abstracto de la existencia para expresar la esencia: *esse, essentia*.

31.—Aquí deajo entender que la esencia es lo mismo que la existencia, y esto necesita mayor explicacion. Sin duda el concepto adecuado de las cosas es distinto de las cosas mismas y de su existencia, porque puede

formarse sin que las cosas existan; y en Dios estaba la idea y el concepto de todos los seres antes de que existiesen. Pero nuestro concepto no es la esencia de las cosas, que no son lo que son porque nosotros las conocamos: ni el concepto de Dios, que es el Verbo, es tampoco la esencia de los seres, que son contingentes, temporales, múltiples, finitos y distintos; porque el Verbo es necesario, eterno, infinito, simple y único; aunque sea la razon eterna y única de todo lo que existe ó puede existir. Esta razon sin duda es distinta de la existencia de las cosas, pero no entienden hablar de ella los que dicen que la esencia de las cosas es distinta de su existencia. Suponen que las esencias ó el porqué íntimo de los seres es independiente de su existencia, anterior á ella y aun eterno. Y no echan de ver que eternamente nada existe sino solo Dios, y decir que Dios es la esencia de las cosas seria caer en el panteísmo.

El error consiste en que se confunde la esencia con la razon eterna de los seres, la cual no los saca del estado de mera posibilidad, y no es otra cosa que el conocimiento que Dios tiene de todo lo que *puede* hacer por ser imitacion finita de su ser infinito, pero que no lo realizará si no quiere, y en el grado que quiera. La esencia al contrario supone la existencia de la cosa y por eso se define: “aquello por lo que la cosa es lo que es;” y es claro que si no existe, no *es* cosa alguna, ó no tiene ninguna propiedad.

A esta confusion ha dado origen la limitacion de nuestro entendimiento y su modo de proceder en sus operaciones. Conocemos la diversidad de los seres reales que en medio de sus diferencias convienen en existir, en *ser* algo, y á este *ser* comun conocido por abstraccion le hemos llamado existencia, á distincion de la esencia ó ser particular de cada cosa: como si pudiese haber algo meramente existente y que no fuese *tal* ó *tal* cosa. Por nuestra limitacion tambien enunciando analíticamente lo que hemos conocido antes de un mo-

do complejo, formulamos como un juicio lo que es la mera expresion de la identidad. v. g.: el hombre es animal racional; lo que equivale á decir el hombre es hombre, ó el animal racional es animal racional. Y como esto tiene lugar tambien respecto de los conceptos que formamos de seres abstractos ó meramente posibles, á este conocimiento analítico lo llamamos conocimiento de la esencia, que por lo mismo distinguimos de la existencia. Pero el que conociese las cosas intuitivamente y por comprension como Dios, no tendria para qué formular estos juicios, porque siempre estaria viendo que las cosas existentes *son lo que son*, y que las posibles son posibles; mas no distinguiria en aquellas la existencia de la esencia, porque existir no es mas que *ser ó estar siendo* lo que son y del modo que cada una es: y las posibles en cuanto distintas de la idea que Dios tiene de ellas, *no son ó no están siendo nada*, ni tienen propiedades.

No porque la esencia sea realmente lo mismo que la existencia se ha de decir que las cosas existen por su esencia, ó que no dependen de nadie, ó que es imposible su no existir, como lo decimos de Dios; porque en estas locuciones en tanto encontramos dificultad en cuanto volvemos á distinguir inadvertidamente la esencia de la existencia, y nos parece absurdo y blasfemo decir de las criaturas lo que solo puede decirse de Dios. Pero bien entendidas dichas frases, siendo todas hipotéticas, se convierten en otras tantas tautologías ó perogrulladas. Siendo todas las criaturas contingentes, é importando lo mismo realmente en ellas la esencia que la existencia, decir que los seres reales existen por su esencia equivale á decir que los que existen, existen; y si no existiesen, no serian reales. Toda vez que existan no dependen de nadie para ser ó llamarse existentes, aunque dependieron para llegar á existir, porque si son, son, y Dios mismo no puede hacer que *siendo*, al mismo tiempo no sean. Mientras existen es imposible su no existencia; mas fué posible que no hubiesen

existido. Pero de Dios hay que decir que de tal modo es de su esencia el existir que no puede ni pudo nunca no haber existido; que no depende, ni dependió, ni pudo depender de nadie; y que si no existiese no sería ni aun siquiera posible, porque si hubiera de comenzar á ser, no sería eterno, ni por consiguiente sería Dios. Ni se diga que siendo la esencia de los seres necesarias, y no la existencia, se distinguirá la una de la otra; porque retorciendo el argumento podremos decir que no distinguiéndose, por lo mismo que la existencia depende de la voluntad de Dios, también dependerá la esencia. El hombre no es animal racional sino cuando existe, y por consiguiente depende de Dios que sea animal racional, ó que se realice el concepto que Dios vé realizable eternamente en su Verbo, pero que allí no es animal racional. Al contrario si se realiza, es *necesario* que sea ó que exista un animal racional, como antes dijimos.

He dicho también que Dios no formula esos juicios que son la expresión de la identidad; porque vé las cosas comprensivamente, y no hace análisis ni abstracciones, y así viendo los seres, vé todo lo que son los seres, ó vé que son lo que son, ó que existe lo que existe. Y solo habrá en su conocimiento lo que equivale á nuestros juicios, en cuanto predica ó sabe de las cosas lo que no pertenece á su esencia: v. g.: Juan pensará tal cosa en tal día; porque esto no se vé con solo ver el ser, la existencia ó la esencia de Juan.

32. Resta el argumento del orden moral, relativo al Espíritu Santo. Lo malo se distingue eterna y necesariamente de lo bueno: hay acciones intrínsecamente buenas, como alabar á Dios, honrar á los padres, socorrer al desvalido; y otras intrínsecamente malas, como blasfemar, injuriar á los padres, hacer daño injusto; y estas acciones son respectivamente buenas ó malas independientemente de nuestro pensamiento y de nuestra voluntad, y aun de la existencia de los seres finitos que han de practicarlas. Aunque no existiesen

hombres que alabasen á Dios, sería eternamente justo y bueno que, cuando quiera que los hubiese, le alabasen. Del mismo modo se puede discurrir acerca de los otros ejemplos, y en sentido contrario de los de acciones malas. Es, pues, el bien y el mal moral independiente de la voluntad y del parecer de los hombres; hay una regla fija é infinitamente recta, una voluntad infinitamente santa que sanciona esta moralidad, y esta es la voluntad de Dios, el Espíritu Santo; porque fuera de los seres contingentes, de cuya voluntad es independiente la regla del bien y del mal, según hemos dicho, no queda otra voluntad que poder señalar. Y digo voluntad, no inteligencia, porque muchas de las acciones buenas, no solo serian honestas y decentes en su caso, para lo cual podria servir de regla la inteligencia, sino obligatorias; y no se concibe obligacion sin una voluntad superior que ligue al obligado.

Ni se confunda tampoco este argumento con el de la verdad; porque demás de que, como queda dicho, la inteligencia sola que es la regla de la verdad, no produce la obligacion que va aneja á la bondad de muchas acciones, hay muchas verdades que no pueden ser calificadas de buenas ni de malas, porque no pertenecen al órden moral, cuales son las tres que nos sirvieron de ejemplo para la prueba anterior á esta, y en general todas las del órden meramente ontológico: v. g. los tres ángulos de un triángulo equivalen á dos rectos; todos los radios del círculo son iguales; no puede haber un cuadrado circular, y otras innumerables. No se puede decir que esto sea bueno ni malo, sino necesario, y cabalmente las acciones buenas ó malas han de depender en el órden criado, y respecto de su ejecucion, de una voluntad libre. Es, pues, distinto el argumento sacado de la verdad, de este otro deducido de la santidad; uno nos lleva al Hijo, y otro al Espíritu Santo: y aunque toda bondad es tambien verdad, porque es verdad v. g. que es bueno amar á Dios, no toda verdad es bondad; ni esto quiere decir otra cosa, sino que el Espíritu San-

to procede del Hijo, y no el Hijo del Espíritu Santo; la bondad de la verdad, y no la verdad de la bondad.

33. Tenemos, pues, dos ternas de argumentos metafísicos de la existencia de Dios, porque hay dos órdenes ó dos categorías de seres; los físicos y los morales. Ni se inventará otra terna de argumentos ontológicos, si no se reconoce otra tercera clase de seres; ni habrá quien pueda con razon, (me atrevo á afirmarlo) aumentar ó suprimir alguno ó algunos argumentos en cada terna; porque la relacion de los seres todos y de la razon del hombre con la Santísima Trinidad es ineluctable. He dicho, si no se reconoce otra tercera clase de seres: y aunque esta se puede decir que la hay y que la constituyen los animales irracionales, y aun pudiera añadirse otra cuarta constituida por los seres que tienen vida orgánica como los árboles, y que no estarían bastantemente clasificados con solo llamarles seres físicos; sin embargo, de sus especiales relaciones con Dios no tenemos nociones que no estén comprendidas entre las expuestas respecto de los seres físicos y del hombre, y por eso no se forma con relacion á ellos otra ú otras ternas de argumentos. Mas los seres físicos y los seres morales se refieren á Dios de muy distinta manera: los unos solo llevan impreso su sello indeleble; los otros son su imágen viva: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.*

34. Pero no solo la razon con sus discursos, sino la sensibilidad y el instinto intelectual nos llevan tambien á Dios uno y trino. Esta consideracion nos suministrará otras dos ternas de pruebas de la existencia de Dios. Y comenzando por las pruebas estéticas, sentimos en este orden inclinacion, simpatías, admiracion ó entusiasmo por todo lo grande, por todo lo bello, y por todo lo enérgico ó fuerte: es decir, por todos aquellos seres ó fenómenos en que resplandece y se retrata especialmente la grandeza de Dios, la sabiduría de Dios, el poder y la fuerza de Dios; en los que aparece mas bien grabado el sello de Dios uno

y trino. No hay otra cuarta clase de seres ó fenómenos que nos impresionen de la manera que estos, y estos no pueden dejar de impresionarnos vivamente y aun á pesar nuestro, sin que puedan sustraerse de esta ley ni aun los mismos ateos, que, negando á Dios en sí mismo, le han de rendir forzosamente esta clase de culto en sus criaturas. ¡Tan cierto es que el que nos crió para sí, ha querido que todo nos lleve á él!

35. Estas reflexiones, ya bastante claras y fundadas por sí mismas, están confirmadas por Dios en el libro de la Sabiduría. "Vanos son, nos dice en el capítulo 13, todos los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios, y que por los *bienes* visibles no llegan á conocer *al que es*, ni considerando las obras reconocieron al artífice de ellas, sino que se figuraron ser el fuego, ó el viento, ó el aire ligero, ó las constelaciones de los astros, ó la gran mole de las aguas, ó el sol y la luna los dioses gobernadores del mundo. Que si encantados de la *belleza* de tales cosas las imaginaron dioses, debieron conocer cuánto mas hermoso es el dueño de ellas.... ó si se maravillaron de su *virtud é influencia*, entender debian por ellas que el que las crió las sobrepaja en poder. Pues de la *grandeza y hermosura* de las criaturas se puede á las claras venir en conocimiento de su Criador."

Hé aquí, pues, las cosas que tienen atractivo para los hombres, y las que excitan su admiracion, su temor ó sus simpatías; aquellas criaturas en que resplandece la grandeza, la belleza ó la fuerza. Por eso reconviene Dios á los hombres de que viendo y admirando estas criaturas, no se eleven hasta su Hacedor, infinitamente mas grande, mas bello y mas fuerte que ellas, y con una clase de reconvencion que los delara sin excusa: *Iterum nec his debet ignosci* (v. 8); porque esta deducion ó elevacion desde la criatura hasta el Criador, está al alcance de todas las inteligencias: *Vani sunt omnes homines, in quibus non subest scientia Dei*. De manera que aquí se nos declara no haber ateos ni idóla-

tras de buena fé. Sin embargo, se dá como alguna excusa de su pecado que, aunque no adoraron á Dios en sí mismo, le rindieron culto en sus criaturas, hechura de sus divinas manos, y en las que resplandece su gloria. "Los tales, se dice v. 6 y 7, son menos reprehensibles, porque, si caen en el error, puede decirse que es buscando á Dios, y esforzándose por encontrarle, por cuanto le buscan discurriendo sobre sus obras, de las cuales quedan como prendados por el bien ó la belleza que ven en ellas."

36. Nos queda el argumento que he llamado de instinto racional ó intelectual. En este orden ¿de qué nos preciamos? ¿En dónde están nuestras simpatías, y qué es lo que estimamos instintivamente por una inclinacion general é indeclinable? Estimamos la vida, la ciencia y la virtud, y no estimamos ningun bien de otra clase. No se diga que la estimacion de la vida nace del instinto meramente animal; porque poseyéndola el hombre de un modo distinto que los demás animales, conociéndola reflejamente, y entendiendo el principio de donde proviene, el fin para que se le dá y el uso *libre* que puede hacer de sus facultades en ella y *solo durante ella*—de manera que sin ella no es hombre—su estimacion por la vida no puede confundirse con el instinto ciego de los animales, sino que se eleva además al orden racional.

Esta apreciacion racional de la vida la experimentamos todos, y la expresaba con sentidas y graves palabras el patriarca Jacob, cuando preguntado sobre su edad por Faraon, respondia con la dignidad propia del patriarca: "Ciento y treinta años son los dias de mi peregrinacion, pocos y trabajosos, y no llegaron á los dias de la peregrinacion de mis padres." Y bendiciendo al Rey salió fuera. ¿Dónde se trasluce aquí la expresion del instinto animal?

37. Y es el caso que tanto los que se disminuyen la edad, como los que se la aumentan con ficcion, se dejan mover de este instinto sin que ellos se entiendan

bien en esto. Todos sienten el valor inestimable de la vida, que puede decirse de algun modo un don infinito, porque solo el que es infinito, Dios, puede concederlo: que la vida vale en sí misma independientemente de las ideas y de la estimacion de los hombres; y por eso unos se disminuyen la edad, como para persuadirse á sí mismos, ó persuadir á otros de que todavía gozarán por mucho tiempo de un don que tanto vale; y otros se la aumentan, ó declaran con cierta satisfaccion su ancianidad, para saborearse con la dignidad y respeto que se merecen los ancianos por haber poseido mucho tiempo un don que vale y dá mas consideracion en el órden racional que las mismas riquezas; que no se puede comprar con ellas, y solo de la mano de Dios puede recibirse. El instinto racional produce, pues, aprecio por la vida, porque la dá solo Dios, y Dios es la vida.

38. Tambien nos gloriamos del talento y de la ciencia, y los respetamos en los demás, porque el talento y la ciencia nos dan la posesion de la verdad y la percepcion de la belleza, nos hacen semejantes á Dios que es la verdad y sabiduría infinita, y finalmente son á la belleza y armonía lo que la vida es á la existencia.

39. Y por último nos preciamos de la virtud, sentimos viva satisfaccion de poseerla, aunque la ocultemos para no deslucirla, y la admiramos y respetamos en los demás. Tan general y profundo es este sentimiento que ni los hombres mas corrompidos, ni los mismos ateos pueden borrarlo enteramente en sí mismos, y habrán de entusiasmarse cuando vean practicar algun acto heróico de virtud, ó cuando presencien algun rasgo insigne de desprendimiento ó de abnegacion y sacrificio. Tan cierto es que la virtud tiene un valor superior é independiente de la voluntad de los hombres; porque la virtud ó la santidad procede de Dios, es Dios; y amándola, amamos la Santidad de Dios, amamos al Espíritu Santo. La razon, pues, la sensibilidad y el instinto racional nos llevan á Dios uno y trino, nos llevan al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

40. Pero todavía nos quedan nuevas reflexiones en esta materia que es inagotable. Suele advertirse que tal vez degrada mas ó causa mas sonrojo echar en cara á uno su poco talento ó sus defectos físicos que sus defectos morales. ¿En qué consistirá esto? En el instinto que nos hace sentir lo irremediable de tales defectos, cuando al contrario la falta de virtud es obra nuestra, y está en nuestra mano llegar á tener aquello por cuya carencia nos vemos deshonrados; mas el talento, la hermosura y la integridad de los miembros los dá solo Dios, sin que esté en nuestra mano adquirirlos. De manera que por la posesion de la larga vida, del talento y de lo que se llama gran corazon, se retrata en nosotros al vivo la imágen del Padre; por la ciencia, la sabiduría y la erudicion, nos parecemos al Hijo; y por la virtud y la santidad al Espíritu Santo. He dicho que por el talento y el gran corazon nos parecemos al Padre, porque el talento no es la ciencia, ni el gran corazon ó la capacidad para gran moralidad es la virtud. El talento y el corazon, ó sea la voluntad como potencia, son ser, no ciencia ni virtud.

41. El órden de argumentos tomados de la Estética, se puede duplicar aplicándolo especialmente al hombre y á sus instintos respecto de sí mismo, deduciendo de esta consideracion otra terna de reflexiones para probar la existencia de Dios. En efecto, respecto de sí mismos en el órden físico y sensible se precian los hombres de la grandeza ó sea de la corpulencia y estatura, de la belleza ó perfeccion de formas, y de la fuerza ó agilidad; y no hay otra clase de cosas de que el hombre se precie que no esté comprendida en estas categorías, ó en las que hemos examinado cuando hablábamos del instinto racional; bien que algunas de las perfecciones que el hombre posea ó llegue á adquirir con su diligencia, pertenezcan á la vez al órden físico y racional, como la buena voz y oido para la música, la destreza para las artes y otras á este modo. Esto prueba tambien que el hombre no sabe estimar sino

aquello en que se revelan las perfecciones de Dios; la grandeza, la hermosura y la fuerza; y tales cosas no puede dejar de estimarlas, y preciarse de ellas cuando las posée.

### CAPITULO III.

#### DE LOS ATRIBUTOS DIVINOS.

42. Demostrada ya la existencia de Dios, hablemos de sus atributos. Puede decirse que todos son para nuestra inteligencia derivaciones de la necesidad de su ser. Dios es necesariamente; es el que es ó existe por antonomasia; no puede no ser, y es de esencia suya el existir. Ahora bien, no hay ser ni existencia en abstracto: todo lo que es, es tal cosa, y tiene tales propiedades esenciales. Supuesto que Dios es, ó existe necesariamente, ¿qué es?—Es el Espíritu infinito que se conoce y se ama á sí mismo, y de este modo es el *Ser* por antonomasia. El Grande Espíritu como le llaman nuestros misioneros de América, ó el Padre de los espíritus como nos dicen las sagradas letras. El ser necesario no puede ser cuerpo porque el cuerpo es compuesto, y todo ser compuesto es á lo menos metafísicamente posible que se descomponga, que *no sea*, y por consiguiente el Ser necesario no puede ser cuerpo, ni tener cuerpo. De este modo queda también probada la simplicidad de Dios.

43. El ser necesario es inteligente y queriente, porque es infinito, como arriba demostramos, (23) y el Ser infinito tiene todo el ser; es cuanto se puede ser y de todos los modos que se puede ser, pues de otro modo no sería infinito; y ser *inteligente* es *ser* algo, y ser *queriente* es también *ser*, porque conocer la verdad es existir conociendo, y querer el bien es existir amando; por consiguiente el Ser infinito entiende y quiere, es Espíritu. Y como el objeto de la inteligencia es la verdad, y la verdad es lo que es, es el Ser; se deduce que Dios

se conoce á sí mismo, porque él es el *Ser*, la existencia y la *Verdad* por antonomasia. Dios quiere ó ama, y el objeto de la voluntad es el bien ó la perfeccion moral. Querer el mal es *falta* de perfeccion, es *limitacion*, y por consiguiente el *Ser infinito* no puede querer el mal. Ahora bien, desde toda la eternidad no hay mas ser que Dios ni mas verdad que conocer que él mismo; por consiguiente ni mas perfeccion moral ni mas bondad que amar que la suya; porque no hay bondad que no sea verdad y ser, y así Dios se ama á sí mismo; y ni puede existir ni concebirse fuera de la bondad del ser infinito otro objeto adecuado en que se emplee su voluntad infinita, como ni otra verdad en que se emplee su inteligencia. Dios es, por consiguiente, el Espíritu infinito que se conoce y se ama á sí mismo.

44. Sin embargo, Dios se conoce porque es, y no es porque se conoce: la verdad, objeto de la inteligencia, preexiste al conocimiento, que en tanto es verdadero en cuanto conoce lo que verdaderamente es: el entendimiento no produce su objeto, sino lo presupone; y como ya hemos dicho, la verdad entraña la existencia. Lo mismo podriamos decir discurriendo sobre la voluntad y el amor: Dios ama porque es y conoce, y no es ni conoce porque ama. Por consiguiente, parece que no solo en nuestro concepto, sino en sí mismo y realmente es primero el ser que la inteligencia y la voluntad; y de aquí la profundidad con que los teólogos han dicho que la *ascidad* ó la necesidad de ser es lo primero en Dios. Mas esta prioridad no puede ser de tiempo, sino de orden, porque ni en la eternidad que es la vida de Dios hay sucesion, ni puede concebirse que siendo Dios necesario, *sea* sin ser lo que es, el Espíritu infinito que conoce y ama su propio ser. ¿Y qué es este ser anterior al conocimiento y al amor? De él nada sabemos sino que es el objeto de este conocimiento y de este amor; y al mismo tiempo el sugeto que conoce y ama. Fuera de esto, para nosotros *substat, subest.*

45. Este ser necesario es y no puede no ser eter-

no. Si se concibiese un momento en que no hubiera sido, ó en que hubiera de no ser, no sería *necesario*, supuesto que no habria sido, ó habria de no ser; y como *ex actu ad potentiam valet consequentia*, no sería necesario que existiese. Pero la eternidad que es la vida de Dios no es sucesiva; y con gran profundidad la definió Boecio: "la posesion total, simultánea y perfecta de una vida interminable." Nosotros y todos los seres duramos ó vivimos año por año, dia por dia y momento por momento: Dios vive una vida sin término toda á la par y siempre.

Esta idea es sobre cuanto podemos imaginar, ni se presta nuestro lenguaje á expresarla, como calcado en la limitacion y contingencia de nuestro ser, y en la idea del tiempo; mas sin embargo, podemos vislumbrar algo en ella, y aun demostrar que no es posible sea de otro modo, ó que es imposible la sucesion y el tiempo en la vida de Dios. En primer lugar, porque muchos tiempos ó duraciones finitas no pueden componer una duracion infinita, ni tales tiempos finitos pueden ser infinitos en número, ni tal número infinito puede existir realmente, como demuestran los matemáticos. Y si se le supone existente se seguiria el absurdo; porque en esa eternidad real compuesta de tiempos habria infinitos siglos, infinitos dias, infinitos minutos, infinitos momentos; es decir, tantos siglos como dias y horas y momentos, lo que es evidentemente absurdo; supuesto que cada siglo tiene 36.500 dias, prescidiendo de los años bisiestos, y así de las horas y momentos: á no ser que digamos que hay varios números infinitos, mayores y menores respectivamente, lo cual tambien es absurdo.

46. Por otra parte, no se puede concebir tiempo sin mudanza, porque el tiempo en sí mismo es la realizacion ó la predicacion verdadera del ser y del no ser respecto de una misma sustancia ó modo; y si en Dios pudiera realizarse el ser y el no ser, no sería necesario, sino mudable y contingente, ora se verificase el cambio en el ser, ora en los modos. Por consiguiente,

el ser necesario es inmutable, y por lo mismo su duracion ó existencia excluye el tiempo.

47. Y como la vida eterna de los bienaventurados no excluye la mudanza, á lo menos en las ideas, porque no pensándolo todo á la par, pasarán de un pensamiento á otro; ni en las acciones exteriores, porque ni estarán en todas partes á la par, ni lo hablarán todo junto, y comerán y beberán, como lo ha prometido Jesucristo y lo verificó él mismo despues de resucitado; esta vida que se llama eterna para indicar que no tendrá fin, jamás será la verdadera eternidad, por lo mismo que es sucesiva; ni jamás se habrá realizado su duracion infinita, por mas que no se haya de acabar, porque siempre será finito y limitado por ambos extremos lo que haya corrido de esta vida, y solo lo que resta será infinito, pero que jamás ha de estar completamente realizado, ni siquiera disminuido. Aquí se vé que la eternidad, lo mismo que los demás atributos de Dios, son absolutamente incomunicables; que no puede haber ni habrá jamás un número real infinito, y que ni la gloria de los justos, ni la condenacion de los réprobos habrá jamás durado eternamente.

48. Yá que hemos hablado del tiempo, conviene esclarecer esta idea cuanto sea posible, pues nos ha de salir al paso muchas veces, y entra por algo en casi todos nuestros conocimientos. Dije antes que el tiempo en sí mismo es la realizacion del ser y del no ser, respecto de una misma sustancia ó modo. Y el tiempo para nosotros es esta misma realizacion observada por nuestro entendimiento, de manera que podamos decir con verdad: tal cosa es,-no es; ó no es,-es: y hablando en la sintaxis humana, tal cosa era,-no es; no era,-es. Se ha escrito mucho sobre la definicion del tiempo. S. Agustin decia que todos lo sentiamos y aun conociamos bien; que lo teniamos á la vista cuando hablábamos de él, supuesto que entre tanto estaba corriendo ante nosotros, y que sin embargo no podiamos decir lo que era: que lo sabiamos cuando no se nos preguntaba acerca de él,

y que en preguntándonos, nuestro conocimiento se convertía en perplejidad é ignorancia.

49. Con esta delicada observacion hacia sentir el Santo Doctor la diferencia entre el conocimiento directo y el reflejo; entre la claridad del uno y suma oscuridad del otro: diferencia que no solo se observa en este caso sino en otros innumerables. Todos tenemos idea clarísima de lo que es, v. g., un caballo; y si se nos pidiese que lo definiéramos, no diríamos dos palabras bien concertadas, á no recurrir á un tratado de zoología. Todos pronunciamos las palabras que queremos hacer oír á los otros, y con facilidad subimos ó bajamos una octava en la entonacion de las notas musicales: para ello movemos nuestra lengua y nuestros pulmones; modificamos la posicion de nuestra garganta y de nuestra boca, y esto sin titubear, sin pararnos poco ni mucho á pensar lo que vamos á hacer, seguros del buen resultado, que sin embargo no se obtendria equivocándonos en cualquiera de estos medios; y no obstante, si teóricamente quisiéramos enseñar á otro como ha de modificar la respiracion, la lengua y los labios para pronunciar la palabra *hombre* ú otra cualquiera, se pondria en evidencia la torpeza del maestro y la rudeza del discípulo. La grande luz y los grandes progresos del entendimiento humano radican primero y principalmente en el órden directo, y suelen ser una especie de intuicion respectiva, mas bien que elaboracion del discurso, cuando pasan al reflejo. Los grandes talentos, por otra especie de intuicion, encuentran tambien el modo de comunicar á los demás eso mismo que han conocido reflejamente y que directamente era antes acaso conocido de todos, y entonces son grandes los pasos que en las ciencias dá la humanidad.

50. Mas en el caso presente no solo hay el conocimiento directo de que habla S. Agustin, sino el reflejo, no solo la idea sino la definicion; y esta conocida y admitida por todos en la série de todos los siglos: solo que no se echaba de ver que fuese tal definicion. ¿Y cuál

es ella? Parecerá increíble ó paradójico lo que voy á decir; mas en mi concepto no hay cosa mas cierta: teníamos la definicion del tiempo, ó mejor dicho, la tenemos siempre ante nuestros ojos, y es ni mas ni menos que el llamado *principio de contradiccion*. Suplico al lector que no lo tome á risa hasta haber considerado mis razones.

51. El principio de contradiccion se suele formular en castellano de esta manera: "Es imposible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo." Formulado así nada extraño es que no se advirtiese la definicion que iba encerrada en este apotegma, y mucho menos que nadie recelara estuviese en él definido el tiempo, porque cabalmente es una regla trivial de lógica que lo definido no ha de entrar en la definicion. Pero si, desentendiéndonos de las palabras, nos queremos fijar en las ideas, echaremos de ver que el punto indivisible y sin sucesion que se intenta significar en la frase "al mismo tiempo," no está bien expresado por ella, porque cabalmente el tiempo envuelve esencialmente la distincion y la sucesion, y excluye la identidad y la simultaneidad: debia haberse tenido en cuenta que el momento indivisible no es tiempo: que la simultaneidad mas bien es propia de la eternidad, y por ella la define Boecio, *interminabilis vite tota simul et perfecta possessio*; y por consiguiente no debia haberse dicho *al mismo tiempo*, sino *simultáneamente*, como se dice en latin, ó lo que es lo mismo, *sin tiempo*. *Impossibile est idem simul esse et non esse*: Es imposible que una cosa sea y no sea simultáneamente ó sin tiempo; porque, como ya hemos dicho, la simultaneidad no es tiempo, así como la molécula simple no es cuerpo. Lo que es igual á decir, es imposible que una cosa sea y no sea sin que de ello resulte la no simultaneidad, ó sea el tiempo. O lo que es idéntico, el tiempo es la realizacion del ser y del no ser de una misma cosa, ó la predicacion verdadera de este ser y no ser.

52. No es preciso que esto, de que se pueda decir

es, -no es; ó no era, -es, sea una sustancia producida de la nada, ó aniquilada, sino basta que sea un modo ó accidente de la misma. "El agua está caliente,—yá no está caliente; está fría,—yá no está fría." Ni es preciso que lo que se expresa con palabras negativas importe una verdadera negacion en la cosa, como se vé en el ejemplo del agua *no fría*, sino que de una misma cosa, ó concepto se pueda afirmar con verdad el *sí* y el *no*: como esto se verifique, ha pasado tiempo, ha habido tiempo.

53. Tan cierto es esto, que cuando no hay ser y no ser, pérdidas ó ganancias, sean intrínsecas, sean extrínsecas; mientras no percibimos un cambio en las cosas, hasta en el lenguaje vulgar, se dice que para ellas no pasa tiempo. Así lo afirmamos del que parece conservar la lozanía de la juventud; esto es, del que conserva el ser sin las quiebras del no ser: y en sentido inverso solemos decir que vivimos muy de prisa, que los años no se pasan en balde; ó lo que es lo mismo, que el tiempo trae el no ser con relacion al ser. El tiempo es, pues, la realizacion del ser y del no ser; realizacion que está excluida de la simultaneidad por el principio de contradiccion.

54. Si concebimos una sustancia que nada gane ni pierda en la série de muchos siglos, v. g., una barra de oro; para esta sustancia en el orden intrínseco no habria tiempo, aunque sí lo habria en el extrínseco, porque habria estado fría y caliente, en la luz y en las tinieblas, en tal sitio y en tal otro. Y si elevamos nuestra consideracion hasta Dios, como que ni en sí mismo puede ganar ni perder nada, ni las criaturas pueden afectarle porque es impasible, ni presentarle y hacerle conocer sus propias mudanzas, porque Él las produce en ellas con un acto único y eterno de su voluntad, y las conoce desde *ab æterno*, resulta que en ningun sentido hay para Dios tiempo.

55. Y ya que hemos hablado del tiempo y de la eternidad, del principio de contradiccion, como expre-

sion del tiempo, y de la exclusion de este respecto de Dios, réstanos considerar si en algun otro sentido es aplicable á Dios el principio de contradiccion. Suele decirse que este principio se antepone á todo conocimiento, ó que es menester darlo por supuesto juntamente con el principio de evidencia, el de causalidad, el de conciencia y otros, para que subsista en nuestra alma la legitimidad y la procedencia de cualquier razonamiento, y la certeza de las verdades encontradas por él, inclusa la existencia de Dios, y aun las verdades conocidas por intuicion. Pero si bien se mira, se echará de ver que las palabras mismas con que se expresa este principio indican que no se formuló para aplicarlo á Dios.

Por de pronto ya vimos que en él está incluida la definicion del tiempo, y este no tiene cabida en Dios; y por otra parte, todas sus palabras se despegan ó son incoherentes aplicadas al Ser divino. *Es imposible*, dice: y esta imposibilidad se refiere á un órden de verdades, ó á una verdad capital, existente y concreta que regule las demás verdades; y es claro que no hay ni puede haber verdad alguna anterior á Dios, ó que régule á Dios. *Que una cosa*: Dios no es una cosa, no tiene género comun con las demás cosas: es el Ser por antonomasia, y no uno de tantos seres. Dios no forma plural con nada, ni con nadie en el órden real, por mas que en nuestro lenguaje imperfecto usemos tal vez del plural, hablando de Dios y de otros seres: en aritmética es un principio que las cantidades heterogéneas no se pueden sumar. *Sea y no sea*: Dios no solo no puede ser y no ser *al mismo tiempo*, pero ni en distintos tiempos; es imposible que no sea en toda la eternidad, y no puede decirse de Él al mismo tiempo, ni en distintos tiempos, porque para Dios no hay tiempo. Luego el principio de contradiccion no está formulado para aplicarse á Dios. No quiero decir que aplicado á Dios pueda faltar, sino que respecto de Dios vale otra verdad mas fuerte, absoluta y

concreta, que es Él mismo, y debemos decir: Dios es y no puede no ser, ni al mismo tiempo, ni en distintos tiempos: y lejos de presuponerse el principio de contradicción como anterior á Dios, este y los demás principios tienen su verdad en Dios, y solo en Dios como veremos despues.

56. Como todos los seres que conoce el hombre y trata en su experiencia son finitos y contingentes, la verdad acerca de ellos es hipotética, si existen, y en cuanto existen, segun arriba dijimos; y como pueden no existir y con su no existencia desaparece la verdad á ellos relativa, para afirmarse el entendimiento en algo, y que no se le desvanezca lo que ya ha averiguado, ha formulado para aplicarlo á los seres contingentes, este principio en el que quiere parapetarse contra lo deleznable de sus conocimientos, fundados solo en la realizacion de una hipótesis; y se dice á sí mismo: "estas cosas, mientras son, son, y no pueden no ser al mismo tiempo." ¡Tanta es la necesidad de lo absoluto para la ciencia, que ya que no lo sea el objeto especial que trata, se lo forja tal el hombre á su modo de lo mismo que es condicionado, y dice: "mientras es, es."

57. De lo dicho se infiere que de solo Dios tenemos verdadera ciencia, ó ciencia absoluta, porque solo su ser es absoluto; y que las demás ciencias, incluso las naturales, en este sentido son empíricas y condicionales, porque es condicional el ser de sus respectivos objetos; y aun dado que estos existan, pudieran cambiar de propiedades y de relaciones, sin dejar de existir, y por consiguiente desvanecerse la ciencia que explica estas propiedades. Las ciencias matemáticas son abstractas y nada dicen existente y concreto, sino supuesta la realizacion de las hipótesis sobre que calculan. De manera que tampoco enseñan nada absoluto en todo el rigor de la palabra, sino hipotético, y aun empírico en alguna parte de ellas, como veremos despues, cuando tratemos de la extension. Solamente la Teología es la ciencia de lo absoluto; la verdadera ciencia, por mas que

pretendidos sabios, llenos de fatuidad, hayan dicho lo contrario con superficialidad increíble.

58. Dios es el que es, no puede no ser: esta proposicion tiene algun punto de contacto con la famosa demostracion que dió San Anselmo de la existencia de Dios, fundándola en la misma idea. Dios es, decia el Santo Doctor, lo mas perfecto que se puede pensar; luego existe, porque si no existiese no sería lo mas perfecto, por ser mas perfecto lo existente que lo posible. Esta demostracion brillante por su misma sencillez y por la profundidad de pensamiento que revela, no es sin embargo concluyente: lo sería, si fuese cierto que nuestra idea de Dios, no solo no era, sino que no podia ser falsa; pero nosotros podemos tener ideas falsas, y así el argumento fundado en la idea no es concluyente por pasar sin fundamento cierto del órden ideal al real, del subjetivo al objetivo. Pretendiendo hacerlo mas concluyente, han dicho despues otros: tenemos idea de Dios, luego Dios es posible, porque de lo imposible no podemos formar idea; y si no, dicen, cítese un ejemplo. Luego existe, porque si no existiese, no sería ni siquiera posible, pues habiendo de comenzar á existir, no sería eterno ni Dios. Esto seduce á primera vista, pero está fundado en un falso supuesto. Tenemos idea de lo imposible, ó nos figuramos tener idea de cosas cuya realizacion es absolutamente imposible, y sin embargo no recelamos que lo sea. Tenemos idea del *espacio-nada* infinito; del tiempo absoluto; y sin embargo los que se llaman sus objetos son absolutamente imposibles. No hay ni puede haber espacio infinito, ni tiempo absoluto independiente de los seres. El *espacio-nada* tendria existencia y la nada no existe; tendria partes distintas, y la nada no puede tener partes; tendria puntos ó partes infinitas, y no puede haber un número real infinito; tendria infinitos volúmenes cúbicos de la medida que se quisiese, v. g., de un millon de leguas de arista, y este número sería tan infinito como el de las pulgadas, líneas y puntos cúbicos, lo cual es evidentemente absurdo. Sería la razon de las verdades geomé-

tricas, que Dios veria en este espacio y fuera de sí, en cuyo caso dejaria de ser Dios la verdad sustancial infinita. Ahora bien, una hipótesis que conduce al absurdo, es absurda. La verdad contraria parece significada en las Escrituras cuando se dice del impío que perece: *non est inventus locus ejus*. Respecto del tiempo ya he dicho que envuelve el ser combinado con el no ser; por consiguiente un tiempo absoluto, ó un tiempo sin seres, es una quimera. Tenemos, pues, ó nos parece tener idea de cosas que son imposibles, de donde se sigue que el argumento fundado en la sola idea de Dios no concluye.

59. No se diga que no son imposibles el espacio-nada, ni el tiempo absoluto: porque, aun admitido esto, quedaria en pié, la dificultad; supuesto que siendo posibles, como son *nada*, no necesitarian de la accion de nadie para existir; existirian *necesariamente*, y en tal concepto los defienden sus partidarios; mas entonces los que creen que no pueden existir, tendrian idea de lo imposible y absurdo. Otro ejemplo de esta clase y mas análogo á la materia que ahora tratamos es la idea de Dios uno en persona, como lo es en esencia. Si la fé no nos cerciorase de que Dios es trino en personas, la razon quedaria satisfecha con la idea de la unipersonalidad de Dios. Sin embargo, Dios es trino en personas necesariamente: por lo tanto los que todavía despues de la revelacion, y resistiéndola, lo creen unipersonal, tienen idea de lo imposible.

60. ¡Cuánta miseria revelan estos ejemplos en el entendimiento humano! Se quiere fundar toda certeza en los primeros principios, y cabalmente hasta de ellos podriamos dudar, si no nos supiésemos apoyar en Dios, para permanecer firmes en los mismos. Porque en efecto, formando el hombre idea de lo imposible, como acabamos de ver, ¿quién quita que también pudiese ver clara é intuitivamente lo que en sí mismo fuese un absurdo? No hay imposibilidad ontológica de tal engaño en el hombre; la hay solo moral, como voy á explicar; y si hubiese un ser maléfico y poderoso que quisiese burlar-

se de nosotros, nos haria conocer como evidentes verdades los absurdos mas enormes. Obsta empero á este engaño la bondad de Dios, y su verdad infinita que ni puede querer engañarnos, ni consentir que otro ser nos engañase invenciblemente; de donde se sigue que toda certeza se funda en Dios y en sus atributos morales, segun los cuales nos hace sentir la verdad del orden natural en el fondo de nuestra alma, y nos revela tambien de un modo natural los primeros principios, haciéndonos entender que son el destello de la luz divina con que él nos ilumina, y que procedemos bien cuando nos fundamos sobre ellos.

61. No es esto invencion mia: es una verdad expresamente consignada en las Sagradas letras. S. Pablo en el cap. I de la Carta á los Romanos, dá por supuesto que las verdades *naturales* que conocemos por discurso, como los atributos divinos, son una manifestacion de Dios. "*Quod notum est Dei, dice, manifestum est in illis. Deus enim illis manifestavit. Invisibilia enim ipsius, á creatura mundi, per ea que facta sunt, intellecta, conspiciuntur..... ita ut sint inexcusabiles.*" Dios, pues, es el que nos manifiesta la verdad natural, el que nos hace discurrir bien para encontrarla, y el que pone en nuestra alma las bases de todo buen discurso, que son los llamados primeros principios, ó los criterios.

62. Y si bien se mira, no puede entenderse esto de otra manera. Porque el principio de contradiccion, el de causalidad y el de conciencia, presuponen el de evidencia; es decir, que en tanto se tienen por verdaderos, en cuanto son evidentes. Ahora bien, como dice el ilustre Balmes, el principio de evidencia no es evidente. Este principio suele formularse así: "lo evidente es verdadero;" así lo creemos, y sentimos en nuestro interior una inclinacion insuperable á tenerlo por tal, y sin embargo, esa proposicion no es evidente; porque el sujeto, *evidente*, y el predicado, *verdadero*, no son idénticos, y no obstante esto, los tomamos por tales, diciendole: lo que á mí me *parece* evidentemente *verdad*, lo es,

como á mí me parece. Pasamos, pues, del órden subjetivo al objetivo; pasamos fundados en Dios y en la inclinacion á asentir que nos comunica, y no tememos dar un paso falso. Sin fundarnos en Dios y en sus atributos morales, discurrendo *filosóficamente* deberíamos recelar ser engañados ó engañarnos. "*¡Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine! Eras (et es) lux vera que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum!*"

63. Un solo criterio parece independiente del principio de evidencia y de la manifestacion interior de Dios, y es el de conciencia ó sentido íntimo: porque indudablemente, aun prescindiendo del principio de contradiccion y de los demás, y sin referirme á Dios de ningun modo, yo no puedo dudar de mi propia existencia; y si pretendiese dudar, para enunciarlo habria de comenzar expresando que esta duda es una quimera. "Yo dudo si existo." Cuando quisiera hablar así, comenzaria por presuponer la misma existencia de que pretendo dudar; por ponerme á mí mismo, diciendo: yo; porque es claro que no puedo ni dudar siquiera, si no existo.

Por otra parte está en el fondo de nuestra razon que de lo contingente y empírico pasamos legítimamente á lo necesario, y así lo afirman tambien las Santas Escrituras: "*á magnitudine speciei et creaturæ cognoscibiliter poterit creator horum videri:*" por consiguiente, suponen la conciencia del propio yó anterior al discurso con que nos elevamos hasta Dios.

Sin embargo, el criterio de la conciencia ó sentido íntimo depende tambien de Dios, porque si bien no me sería dado dudar en ningun caso de mi existencia *actual*, sí podria dudar de mi existencia anterior, ó lo que es lo mismo, de la identidad de mi propio ser, porque esta no la conozco sino por la *evidencia* del recuerdo actual, que pudiera ser fallida si claudicára el principio de evidencia, ó si un ser maléfico me quisiese burlar, poniendo en mí la conciencia actual ó la me-

moria de tiempos y acciones *pasadas* que jamás han existido. Los locos tienen memoria de cuando eran reyes ó marqueses, sin que jamás lo hayan sido. Y así la identidad del propio yo no se conocería por solo el criterio de la conciencia íntima, aunque solo él baste para no dudar de la propia actual existencia. Pero es claro, que sin la identidad del propio yo, no hay certeza ni ciencia posible, puesto que en todos nuestros procedimientos intelectuales nos fundamos en nociones adquiridas *antes*. Queda, pues, demostrado, que nuestra certeza racional se funda siempre en Dios y en sus atributos morales. Siempre es verdad que "*Dios nos manifiesta lo que conocemos.*" Rom. cap. I. Si el P. Malebranche no quiso decir otra cosa cuando hablaba de la fé como único fundamento de la certeza, le sobraba razón; pero si entendió hablar de la fé *sobrenatural*, se equivocaba y perjudicaba la causa de esta, intentando defenderla; porque la fé supone la certeza natural, y sin ella es imposible.

64. Desentendiéndose de Dios se llega á la duda universal, y Kant se quiso encargar de elevar esta duda á la categoría de tesis general en su *Crítica de la razón pura*. Su procedimiento contra los primeros principios para establecer la duda universal es parecido al que usó Lutero contra la certeza de la fé. Desentendiéndose el heresiarca de lo que hay en esta de divino, y resistiendo á la luz interior del Espíritu Santo que nos hace ver claro ser verdades reveladas por Dios las que nos propone la Iglesia, de manera que si no creemos obedeciendo á su enseñanza, somos inexcusables, erigió el espíritu privado en único y supremo juez de la fé, echando los cimientos del racionalismo. Kant, desentendiéndose de la intuición y evidencia interior con que se nos presentan los primeros principios, rehusa asentir á ellos en su *Crítica de la razón pura*, por reputarlos meras formas subjetivas, ó juicios sintéticos *á priori*, solo aplicables á los casos de experiencia, sin que podamos estar ciertos de que se verificarán en

todos los casos posibles; porque segun él hay completa incomunicacion entre el órden fenomenal y el órden real ontológico. El primero es puramente subjetivo, y no puede convertirse en objetivo, sino por via de discurso fundado en los principios de razon. Pero como de estos no tenemos certeza, segun él, por lo mismo que no son demostrables, el discurso ó la argumentacion no procede. Para averiguar si hay otro fundamento mas sólido de la certeza, estableció la procedencia de la duda universal, relegando todas las verdades á la categoría de *fenómenos* subjetivos, y dedujo que no podian convertirse en *noumenos*. Pero en esto resistia á la luz y á la voluntad de Dios en el fondo de su conciencia, y se hacia réo de transgresion enorme, porque no nos hace Dios conocer la verdad, sea natural ó sobrenatural, dejándonos el derecho de admitirla ó rechazarla, sino obligándonos á recibirla, y castigando severamente á los que la resisten. *Iis, qui sunt ex contentione, et non acquiescunt veritati.... ira et indignatio.* Rom. cap. 2.

Tanta es la analogía que hay entre la razon y la fé, y tan parecido el modo con que Dios se revela á el alma en uno y otro órden, que el protestantismo contra la fé y la Iglesia debió traer otro protestantismo contra la razon y el sentido comun y la autoridad del género humano. *Dicentes se esse sapientes stulti facti sunt.* El Señor los ha abandonado á su réprobo sentido, de manera que, queriendo pasar por sabios, y á pesar de su gran talento, han caido en lo mas extravagante de la ridiculez y de la contradiccion, persistiendo en argumentar contra la certeza, fundándose en los principios y reglas de la lógica, que si no fuesen ciertos, nada podrian probar. Este es el castigo de haber resistido á la verdad con injusticia. Rom. cap. 1.

65. He procurado hacer ver que Dios es la verdad sustancial é infinita, origen y fundamento de toda verdad y certeza finita. He probado antes que el ser infinito no puede dejar de ser inteligente y queriente: restan algunas consideraciones acerca de la inseparabilidad

de la inteligencia y voluntad entre sí mismas, y respecto del ser divino. La inteligencia no puede ser infinita, si no está unida á la voluntad. Para entender infinitamente es menester entenderlo todo, entender lo que es amor y conocer todos los actos de este, y si fuese posible un ser inteligente que no tuviese voluntad, para este ser sería imposible el conocimiento de la voluntad y de sus actos; porque la voluntad es una cosa simple que no puede conocerse, si no se posée. En el orden finito tal vez no es imposible un ser que entienda y no quiera, pero este no entendería infinitamente. Es, pues, inseparable en Dios la inteligencia de la voluntad: y que esta lo es, tanto del ser como de la inteligencia; es decir, que no puede haber un ser que *quiera*, sin que exista y entienda, es bien claro tanto en el ser infinito, como en los del orden criado, aunque bien puede haber criaturas sin inteligencia ni voluntad.

66. El ser infinito es único. No puede haber dos infinitos, y la demostracion es bien obvia y muy repetida en las escuelas. Estos dos seres tendrían atributos análogos ó diferentes: si diferentes, ninguno de ellos sería infinito, ó no sería cuanto se puede ser. Si análogos, pero en distintos grados, el que los tuviese en grados inferiores, no sería infinito. Si en los mismos grados, por algo un ser no sería el otro: este *algo* que los distinguía, era ó no perfeccion; si era, cada uno tenía una perfeccion de que carecía el otro, y ninguno de los dos sería infinito: y si ese *algo* no era perfeccion, tampoco ninguno de los dos sería infinito, porque cada uno tenía alguna imperfeccion, y era compuesto, y yá hemos probado que el ser infinito es simple. Si en el uno era perfeccion y no en el otro, aquel y no este sería el infinito. Son, pues, imposibles dos ó muchos infinitos.